

hacían levas de mozos de jábega unos pescadores antiguos con patentes de armadores, y que daban cincuenta reales á cualquiera bisono que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla, y me fuí al promontorio de la pasa y almendra, y al pié del de la batata. Senté plaza de holgazán, cobré paga de mandria. Pero cansado de andar atrás sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado á un chulo una mojada con la lengua de un jifero, me retiré á sagrado y pedí iglesia, y cuando el armador venia á pedirme el dinero, dábale largas, diciéndole que el herido habia ya pasado del sereno, y que en habiendo declarado los cirujanos, volveria á trabajar y desquitar lo que habia recibido y gastado. Pero viendo que hacia diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me queria echar en la prision, y que me andaba acechando para cogermé fuera de sagrado, me fuí una tarde al muelle, y hallando de partida un bajel francés que iba á Francia de poniente, y haciéndole creer al capitán que tenia unos parientes muy ricos en Burdeos, y que me habian enviado á llamar, llevándome cosa muy poca por el flete, me embarqué en su navio, porque es de hombres como yo el urdir una mentira, y es muy fácil de engañar un hombre de bien. Pasamos el estrecho de Gibraltar, que en lo borrascoso y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vicente, y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos á San Maló de Lilia, puerto de Francia y provincia de Bretaña. Hay en esta villa veinte y cuatro perros de ayuda asalariados, los cuales están á cargo de un soldado que los asiste y cuida de ellos; que como hay soldados particulares, hay tambien soldados perreiros. Este tal tocaba cada dia, al querer anochecer, una media luna ó llave de Medellín ó madera de tinteros, á cuyo horrendo son acudian todos los perros á una puerta sola que tiene la dicha villa; y echándolos fuera, hacían tal guardia y ronda toda la noche, que cualquiera persona forastera que llegase, ignorante de tales centinelas, lo hacían dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquier cautela enemiga; y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quejosos. Tocaban caja en esta villa, levantando gente para ir en corso contra el Inglés, y daban á cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza, y levantando los talones, amanecí al tercero dia en Land, puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del Inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones, que fué poco menos que la de Borbon sobre Roma; y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre, y me escapé de una larga prision. Y valiéndome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué á Ruan, cabeza de

Normandía, á quien el caudaloso Sena, despues de haber sido cinta de plata de la gran corte de Paris, es talahí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazon, me fuí á la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercaderes portugueses, metiéndome en su corro y no á escupir en rueda, sino á hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumision que suele tener el que ha menester á otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habian criado en la raya de Portugal, la sabian muy bien, y me la habian enseñado; y despues de haberles dado á entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar á la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos míos, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, á quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabian habian quemado á mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma al lado del corazon. Ellos con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron á la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer dia de Cuaremas, fué cada uno besando el papelón por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir; y yo, mostrando un poco sentimiento, les dí ampla comision, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que habia echado al mar, me habia librado de una gran tormenta que habia corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les habia hecho creer, y decían con tiernas lágrimas: El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir. Repartieron las cenizas de la dicha posada ó bodegon, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron á la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercaderante en la corte de Paris, para que me socorriese para ayuda á proseguir mi viaje; y despues de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar.

Tomé el camino de Paris, comiendo á pasto y á tabla de patron; y apenas llegué á verlo y reconocerlo, cuando empecé á dar voces, diciendo: Cata Francia, Montesinos, cata Paris la ciudad. Halléme corrido y avergonzado cuando entré y atravesé sus espaciosas calles de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo á voces: Señor don Diego, daca la borrica. Compré al pasar por una botica

unas cantáridas y otros requisitos tocantes á mi oficio de cirugia, y yéndome á posar al burgo de San German, á la posada de uno de los expelidos de España, que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos ó vejigatorios; y á la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fuí al palacio del embajador de España, que era el marqués de Miravel, y diciendo venir de Galicia á curarme del mal de los lamparones, me dió su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fui sano, sin llegar á piés reales. Dí la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta corte ó confusa Babilonia, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo, y comia como rector heredero, con que dí fin á la limosna de la tribu de Abraham y á la caridad de los lamparones. Y por no volver á ser seguido de gozques y de andar dando alabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo, y me acomodé por paje de un caballero, natural de Roma, dándole á entender ser su paisano, y hijo de un caballero romano de honor de su santidad, de los que llaman del Esron. Tratóme á los principios como á hijo del tal, pero en muy poco tiempo conoció del pié que cojeaba; y descubriendo toda la trama, me quitó las calzas folladas y la procesion de agujetas, y me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre y tan apartado de mi patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar á ella, pues ya tenia de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que habia buscado en el oficio pajeril, sin acordarme de lo bien que me fué con las andaluzas, y saliéndome de Paris, tomé el camino de Leon de Francia. Y vendiendo mi mercancía y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella villa, por causa de la contagion; y así me fué forzoso buscar nuevas trochas y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Orange, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos mosquetazos las guardas de sus puertas, y me hicieron volver atrás, por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio y que sin ser avestruz me habia comido toda la acerada mercancía, y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin buhonería, me encomendé á Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa, y me volví por el mismo camino que habia traído. Hallé en un villaje un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si queria ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al Mameluco, le respondí que sí. Llévome á su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza; entregóme á su capitán, cuyo nombre era monsieur Juni, del regimiento del barón de Montéme. Hizome con él, y poniéndome

un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre monsieur de la Alegria; porque como el capitán era mas fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascos y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo, dándome nombre conforme á mi sugeto. Marchamos por el Delphinado, haciendo buena cherra, y en cada tránsito habia avenidas de brándis, al tenor de Abu, monsieur de la Fortuna; Abu, monsieur de la Esperanza. Hallábame mas contento que una Pascua de flores; juzgaba aquella vida por la mejor que habia tenido, y llamaba á aquella provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos á guarnicion á la villa de Roman, adonde á costa de los patrones comiamos á dos carrillos, y pediamos á discrecion, y habia libertad de conciencia, siendo rey chico Juan soldado, adonde persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes que haciamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto á los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aquí adonde poder cortar, pero se embotaron mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada dia medio cuarto de escudo; que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados allojen las barrigas.

Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del duque de Guisa, llamada Mondragon, y conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso rio, llegamos á desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos á una armada que tenia el dicho Duque para socorrer el Casar de Montferrat, á cuya oposicion estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles, y por general de ellas don Melchor de Borja. Enfadábame ya de oír tanto alon, alon, sin haber alguno de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con monsieur de la Alegria acá, monsieur de la Alegria allá; y sobre todo estaba temeroso de ver que algunas veces que me habia puesto como el arco del fris, cantaba en sino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espion; que el hombre que llega á beber mas de aquello que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos. Dieron á toda el armada una paga, que es la extremaucion de los franceses cuando entran en países extraños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos piés, fui á resollar á Villafranca; hablé á la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar. Fui á ver á don Melchor de Borja, y contándole todo mi suceso, lo celebró mucho; y por parecerle soldado entretenido, me mandó dar dos doblas y que acudiese á comer á su casa. Vinole orden del duque de Saboya para que marchase con los españoles, y dejase los saboyardos y otras naciones que estaban á su orden, y que dejase á los franceses á que

siguiesen su camino. Embarcose así que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos á Monaco, y de allí zarparamos á la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro General dos galeras de su escuadra por bastimentos á la villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y habiendo tenido un feliz viaje, al desembarcar en el muelle de la dicha villa supe cómo su alteza el gran duque de la Toscana levantaba gente para enviar al estado de Milan. Alistéme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasion. Diéronme ocho ducados de contado, y tuve cuatro meses desvedada la bellota en casa de patronés, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la fortuna. Envió el gobernador de Milan á dar aviso á su alteza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia á muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo y por constarle á mis superiores no ser grande de virtudes.

Púseme en camino á la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del Papa, llegué cuarta vez á la gran ciudad de Roma. Fui á ver á mis hermanas, de quien fui mal recibido; y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de justicia, el cual cantando aquel verso de «mira, Zaida, que te aviso», me puso en la calle, tomando á su cargo el amparo de mis hermanas. Fuíme al palacio del conde de Monterey, que estaba entonces por embajador de España, adonde me junté con un portugués, que era criado de don Juan de Eraso; y volviendo á continuar la vida de los temerarios, estabamos cortesanias, y agotábamos tabernas. Abríle trinchera á un pintor en la cara sobre ciertos arrumacos que hacia á una conocida mia, por cuyo delito fué fuerza retirarme al palacio del dicho Embajador; y viendo mi pleito en mal estado y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude, cosa que se da cada instante á uno que estornuda, me ayudé de mi hacienda trocando secretamente una casa que me habia dejado mi padre en la calle Ferratina por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta á Nápoles. Y yendo yo despues á tratar de su enajenación, di tan buena cuenta de ellas, que en menos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes; y algunas cincuenta que me habian quedado las perdí una noche al juego de las pintas, parando á pintura y pintura, y diez en la quinta. Viendo que se me habia caído la casa, por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro mas diestro que yo, senté plaza, en una leva que se hacia para España, en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines, del prior de la Rochela, y volví de nuevo á escandalizar con embustes el cuartel, á alborotar los cuerpos de guardia y á inquietar los bodegones, cargado mas de miedo que de hierro y con una letanía de valentia amontonada.

Metíome en prision mi capitán por cabeza de estos banderizos, porque temia que me huyese con ellos; y dióme en lugar de castillo el alcázar del Tarazonal, porque á gran río, gran puente. Embarcámonos en una

fuerte armada para ir á España, yendo por generales de ella el marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito, y por general de la caballería mi capitán, y por comisario general don José de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma y por saber algo de cuenta, á la despensa del bajel, adonde iba embarcado para ayudar á dar racion á la gente de mar y guerra; y por andar al uso y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el despensero el bizcocho mas menudo á los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibaes dando raciones de atun de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno. Metia un punzon en el tocino, y el que estaba oloroso le iba ocultando, y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que está á su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenia cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitán que venia por cabo del bajel, con que todos callaban y amorraban, y al compás que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros. Llegamos á dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la infantería; salimos del puerto la caballería desmontada, y tomamos tierra á seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patron y hechos lobos marinos de la playa; á la mañana nos alojaron donde tuvimos de ello con ello, pues detrás de un regalo oíamos un *cap de Deu*, y veíamos media docena de pistoletes. Estaba mi capitán conmigo, por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitucion. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre ojo; que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratarse de dar quejas ó capitular á sus oficiales, su verdad será mentira; y demás de no avanzar, será malquisto y aborrecible; y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio. Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía, por estar alojado en una taberna y ser intérprete por los catalanes y napolitanos, pagándome el corretaje en ponerme á veces, que por hablar catalan, hablaba caldeo, y por hablar napolitano, hablaba tudesco. Tuve un dia una pendencia con un soldado sobre un mentís por la gola, y dándole por debajo de ella una estocada, di con él patas arriba, por haberse él mismo, no haciendo caso de mí, entrado por los filos de mi espada; de manera que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza á mi capitán ni dar lugar á que satisficiesen su rencor, con hacerme prender y castigar, ó querer él mismo abrirme de grados y corona, me fui á la ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació infante, y gobernó cardenal, y murió santo. Tomé tierra del Papa, y por no estar á merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced. Mi capitán, como si yo le hubiera á su padre robádole su hacienda ó quitádole su dama, envió tras mí á hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañía

y hijo de huevo de la armada, que sin valerme anata, ni defensa de motilonés, ni aquello de iglesia me llamo, me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazonal; que hay soldado que, por agradar á su capitán, prenderá al mismo que le dió el ser, con razon ó sin ella.

Echáronme grillos y cadena y una argolla al pescuezo, con un virote que siempre señalaba al norte y apuntaba á las vigas. Fulminaron un proceso de soldado huido y alborotador de la armada; y sin reparar en el dolor que le costó á mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento que pasó en columpiarme, me dieron un susto con el debo condenar y condeno, por ser cosa que tenia con que pagarla, que á echarme la ley de la *numerata pecunia*, fuera irremediable el dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada ó como quien no quiere la cosa, me sentenciaron á oír sermoncito de escalera, á santiguar el pueblo con los talones y á bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, y como si la que yo tenia me la hubiera dado el Pilatos que dió la sentencia. Notificóme un notario, tan buen cristiano, que no pidió albricias por la buena nueva ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros cuando la oí; atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lejía de panilla. Díjome el carcelero que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel último trance con que ponerme bien con Baco. Y acordándome del tránsito que habia de pasar, para probar si era como los que habia hecho siendo monsieur de la Alegrezza, me apretaba con la mano el gazaate, y con ser sobrepeine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, ¿qué hará lasoga, siendo de esparto duro? Hincándome de rodillas pedia misericordia al cielo; prometíale, si me viniere en libertad, hacer penitencia de mis pecados y mudar de vida; mas al cabo vino á ser el juramento de Pelayo.

Pasó la voz por toda la ciudad, y acudieron muchos amigos á verme, y vecinos de ella á censurarme. Los amigos me consolaban, diciéndome que me animara, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera; y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo misas, y haciendo alzar dedos. Decían algunos catalanes que era compasión, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad; otros, que tenia cara de grandísimo bellaco; otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró á este tiempo un fraile franciscano muy trasudado y fervoroso, preguntando: ¿Dónde está el sentenciado? Yo le respondí: Padre mio, yo lo soy, aunque no tengo cara de ello. Díjome: Hijo; ahora es tiempo de tratar de tu salvacion, pues ha llegado la intemerata; y así este poco de vida que le queda es menester emplearla en confesar sus culpas y en pedir á Dios perdon de sus pecados. Res-

pondíle: Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco, que me hizo medio carnal á costa de un ojo, me decia que antes mártir que confesor; demás que por cumplir los mandamientos de la santa madre Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: No comerás ni beberás; y así, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y despues trataremos de lo que nos está bien á los dos, que en tierra de cristianos estoy, y iglesia me llamo.

El padre, algo enojado de oírme decir chilindrinas en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un crucifijo pequeño, y empezóme á predicar aquello de la oveja perdida y lo del arrepentimiento del buen ladro; y esto dando tantas voces, que atronaba todo el Tarazonal, y derramando tantas lágrimas, que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que mas gana tenia de comer que de oír sermones, por haber veinte y cuatro horas que no me habia desayunado, decia entre mí viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque mas lágrimas deis, en vano las derramáis. Mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas voces, y que sin ser vispera de San Esteban me querian colgar como racimo de uvas, alargarme el gazaate como si fuera ganso, despejé el rancho, y hincando una rodilla y poniéndome en postura de balletero, desembuché la talega de culpas, y dejé escueto el almacén de los pecados; y habiendo recibido la bendición y el *ego te absolvo*, quedé tan otro, que solo sentia el morir, porque juzgaba, segun estaba de contrito, que se habian de tocar de su mismo motivo todas las campanas, y alborotarse toda Barcelona, y dejar de ganar su jornal la pobre gente por venirme á ver. Mas por conservar y alargar la vida, como en prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al marqués de Este, que ejercia el puesto de general de la caballería, por haber muerto el prior de la Rochela, alegando en él ser hijodalgo, y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como carnero, y no en horca, ahogado como pollo. Pensaba que me pediria informacion de ello, y que me daria término para enviar á hacer las pruebas á Roma y á Salvatierra, y que en el inter no me faltaria una lima sorda para limar la cadena y grillos, ó una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el Marqués respondió que él no pretendia otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demás escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecíle la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente jerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiempo y con tanta blandura, que no se rompieran aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua cuando oí que en mis tristes oi-

dos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la santa Caridad.

Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de su alteza, y José Gomez, su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubieran de sacar á bodas hablaba bernardinas y echaba chiculios, y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría, y me dijeron, que cómo no sentia el haber de morir. Respondiles que harto lo habia sentido mientras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebía me quitaba y desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiéndome que aquel día salía de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi General que, debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir á Roma á confesar ciertos pecados reservados á su Santidad para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me harian muy grandísimo favor, y que yo les haria pleito homenaje, como infanzon gallego, de volver en cumpliéndose el término á ofrecerme al funesto suplicio y á entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron á informar de todo á su alteza serenísima al mismo instante, por el peligro que corría en la tardanza; el cual, como príncipe tan piadosísimo y por constarle que tenia iglesia, mandó que se suspendiese la ejecucion y que se revocase la sentencia de muerte y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el marqués de Este como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando resfriado, que replicó á la gracia que se me habia concedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar á toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres ó cuatro años antes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados y de tal suerte encarecieron á su alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los pies por la merced que me habia hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fui cantoneando á palacio, recibiendo parabienes y haciendo pagamento de ellos con una lluvia de gorradas. Echéme á los pies de su alteza serenísima, díle las gracias por la recibida,

y despues de haberme oído algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haría de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dar de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme y de tomar posesion de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródigas y por la grande aficion que tenia al hábito de soldado; por lo cual me salí de palacio, y me fui á dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

#### CAPITULO VI.

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo á Milan, y cómo pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar, yéndome un día paseando hácia la vuelta del muelle, supe cómo el duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardia, y que era maestro de campo don Felipe de Cardona, su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apenas mi capitán me vió tan mozo y nada pesado, cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perdería y que necesitase que me pregonasen. Zarpamos de allí á estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teniamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabia y habia ejercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en conclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogérles con suavidad los socorros á los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades; para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegocillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos aguas, y no tenia defensa para ninguna. Era todo él ventanaje, y necesitaba de ventanas; con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, y veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su vajilla de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacía cada día un potaje, que aun yo mismo ignoraba cómo lo podia llamar, pues ni era jigote francés, ni almodrote castellano; mas pre-

sumo que si no era legítimo, era pariente muy cercano del cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se guisaba tantas zaraandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundo y asqueroso que fuese, que solo le faltó jabon y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los soldados, y despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros.

Despues de haber durado algunos dias esta industria ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel, y fuimos á dar fondo junto á la bahía de Génova, adonde aun no hube puesto los pies en tierra cuando traté de escurrirme, sin ser anguila; mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que habia hecho á Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardia, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sábana pintada, llegamos á Alejandria de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios, y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis exequias en vida y por no parecer bisono, siendo soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancia que jamás se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fui á un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando mas de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa á cuestras, cuyo peso era bien ligero, me fui á la ciudad de Milan. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte como á gigante la milicia, y siguiendo la milicia de la corte, reconocí su ventaja y senté el pié, volviendo de muerte á vida y de pobre á rico.

Salí el día que llegué á ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competian con los de Roma, que sus palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedían á las de Lisboa, sus sedas á las de Génova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de Paris. Visité el palacio y corte, habitacion de su alteza serenísima el señor infante Cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosísima ciudad y á defender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos, y dime á conocer á los que no lo eran; y

enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendíme por natural de Alcaudete; picaba á todas horas como alguacil, y cantaba á todos ratos como alcaudon; tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas, y alcázares de tusionas. Vendía sus mercancías á tolos precios, vivía siempre con el adelanto, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen que quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba á cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba á solas con ellas, el Piramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias, su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas á ser devotas de san Roque, y aconsejábala que siempre que lo visitasen, se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivía como gran turco, y comía á dos carrillos como mona. Llegábame siempre á los buenos, por ser uno de ellos; acercábame á los ricos, y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo Virgo me querian dar colacion de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano; y por haberse ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por capitán de una compañía, y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallá-bamos aun mucho mas de aquello que queriamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban á cargo del mariscal Aldringer; y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque; y volviendo á separarse, nos fuimos á invernar á la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las vistas que hacia hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompedillos; siendo causa de este daño la destruccion de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato; y haciéndome mercante